

echaba también cal por puñados iguales.

—¿Lo que quiero hacer?—dijo el artista.
—¿No lo adivinas? Quiero sacar la mascarilla de Francine, y como sé que me faltaría valor si estuviese solo, te ruego que no me abandones.

Jaime descorrió luego las cortinas de la cama y descubrió la cabeza de la muerta. Sus manos temblaban y un sollozo ahogado subió á sus labios.

—Tráeme las luces—dijo—y ven á sostenerme la gamella.

Colocaron una de las luces en la cabecera de la cama, de modo que alumbrara perfectamente el rostro de la muerta. Con la ayuda de un pincel mojado en aceite de oliva, el artista humedeció las cejas, las pestañas y los cabellos, que colocó del modo que acostumbraba Francine.

—Así no sufrirá cuando le arranquemos la mascarilla—murmuró Jaime con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Tomadas estas precauciones y después de colocar la cabeza de la muerta en actitud favorable, Jaime empezó á esparcir la cal por las capas sucesivas hasta que el molde tuviera el espesor suficiente. Después de un

cuarto de hora, la operación estaba concluída y había salido perfectamente.

Por una rara particularidad se había operado un cambio en el rostro de Francine. La sangre, que no había tenido tiempo de helarse del todo, calentada, sin duda, por el calor de la cal, había afluido á las regiones superiores, y un ligero tinte rosáceo se había esparcido gradualmente sobre la blanca mate de la frente y las mejillas. Los párpados, que se habían levantado al sacar la mascarilla, dejaban ver el azul sereno de los ojos, cuya mirada parecía animarse con un destello de inteligencia, y de los labios entreabiertos por un esbozo de sonrisa parecía salir, olvidado en un último adiós, ese postrer suspiro que sólo se escucha con el corazón.

¿Quién podría asegurar que la inteligencia acaba completamente al comenzar la insensibilidad del sér? ¿Quién puede decir que las pasiones se apagan y mueren juntas con el último latido del corazón que agitaron? ¿No podría acaso el alma quedarse algunas veces voluntariamente cautiva en el cuerpo rígido ya para la tumba, y, desde el fondo de su cárcel de carne, considerar un

momento los lloros y los suspiros que causan? ¡Los que se van tienen tanta razón para desconfiar de los que se quedan!

¡Quién sabe si en el momento en que Jaime trataba de conservar sus facciones por los medios que el arte le ofrecía, un pensamiento de ultratumba había despertado á Francine del primer sueño de su descanso eterno! ¡Quizá había recordado que el que dejaba en el mundo era artista al mismo tiempo que amante, que era lo uno y lo otro, porque no podía ser una cosa sin ser la otra, que para él el amor era el alma del arte, y que si la había querido tanto era porque había sabido ser al par una mujer y una querida, un sentimiento dentro de una forma. Y entonces quizá Francine, queriendo dejar á Jaime la imagen humana, que era para él la encarnación de un ideal, había sabido, muerta, helada ya, revestir por última vez su rostro con todos los destellos del amor y todos los encantos de la juventud.

Y quizá la pobre chica no se equivocaba, pues existen entre los verdaderos artistas ciertos Pigmaliones singulares que, al con-

trario del otro, quisieran poder cambiar en mármol sus Galateas vivas.

Ante la serenidad de aquel rostro, en el que no había dejado huellas la agonía, nadie hubiera podido adivinar lo mucho que sufrió Francine antes de morir: parecía continuar un sueño de amor, y al verla hubiérase dicho que había muerto de hermosura.

En cuanto á Jaime, había vuelto á caer en sus dudas; su espíritu alucinado persistía en la idea de que iba á despertarse aquella á quien tanto amó; y como ligeras contracciones nerviosas ocasionadas por la acción reciente del moldaje rompían á intervalos la inmovilidad del cuerpo, aquel simulacro de vida mantenía á Jaime en su dichosa ilusión, que duró hasta la mañana, á la hora en que el comisario fué á informarse de la defunción y á autorizar el entierro.

Por lo demás, si para dudar de la muerte había sido precisa toda la locura de la desesperación, para creer en ella necesitábase también toda la infalibilidad de la ciencia.

Mientras la vecina colocaba á Francine en el ataúd, Jaime se hallaba en la habitación contigua, donde habían acudido va-

rios de sus amigos para formar parte de la fúnebre comitiva.

Aun cuando le querían como á un hermano, los bohemios se abstuvieron, sin embargo, de todas las demostraciones y consuelos que sólo invitan al dolor. Sin decir ni una sola de aquellas palabras tan difíciles de encontrar y tan penosas de oír, apretaban unos tras otros la mano de Jaime.

—Esa muerte es una gran desgracia para Jaime—dijo uno de ellos.

—Sí—contestó el pintor Lázaro, jóven que había sabido vencer muy pronto todas rebeliones de la juventud, imponiéndoles la inflexibilidad de una resolución friamente tomada, y en las que el artista había acabado por ahogar el hambre;—sí, pero es una desgracia que voluntariamente ha introducido en su vida. Desde que conoció á Francine, Jaime estaba muy cambiado.

—Le había hecho muy feliz—dijo otro.

—¡Feliz!—repuso Lázaro—¿A qué llamáis felicidad? ¿Cómo podéis tener por felicidad una pasión que lleva al hombre al estado en que Jaime se encuentra en estos momentos? Que intenten mostrarle una obra maestra: no volverá la vista para mirarla. Y para ver

por última vez á su querida, estoy seguro de que andaría sobre un Ticiano ó un Rafael. Mi querida, la mía, es inmortal y no me engañará: vive en el Louvre y se llama *Gioconda*.

Cuando Lázaro se disponía á seguir exponiendo sus teorías sobre el arte y el sentimiento, recibieron aviso de partir para la iglesia.

Después de algunas oraciones en voz baja, la comitiva se dirigió al cementerio... Siendo precisamente el día de difuntos, un inmenso gentío llenaba el fúnebre asilo. Muchos se volvían para mirar á Jaime, que iba descubierto detrás del ataúd.

—¡Pobre chico!—decía uno,—va á enterrar á su padre.

—Sin duda será su madre,—replicaba otro.

—O su hermana,—añadía un tercero mirándole fijamente.

Un poeta que había ido allí á estudiar la actitud de los sentimientos en aquella fiesta anual de los recuerdos, solo un poeta, al ver pasar á Jaime, adivinó que seguía al entierro de su querida.

Cuando llegaron á la fosa reservada, los

bohemos, descubierta la cabeza, se agruparon al rededor. Jaime se detuvo al pie del féretro; su amigo el médico le daba el brazo.

Los sepultureros tenían prisa y querían hacer la operación rápidamente.

—No hay discursos,—dijo uno de ellos.—Vamos, tanto mejor. Hop, compañero, ayúdame.

El ataúd fué amarrado con cuerdas y bajado á la fosa. Uno de ellos bajó á recoger las cuerdas y á colocarlo del todo; luego, con la ayuda de otro compañero, cogió una pala y empezó á echar tierra. La fosa estuvo pronto llena, y en lo alto de aquel promontorio de tierra clavaron una crucecita de madera pintada de negro.

Jaime decía sollozando:

—¡Oh, mi juventud! ¡Cómo entierran mi juventud! ¡Adiós, musa inspiradora de mis concepciones de artista! ¡Pobre cuerpo que prestó á mi cuerpo el dulce calor de su carne joven y amada de la mía! ¡Adiós Francine!... Tu vida fué la de un lirio enfermo y triste cuyo jugoso frescor le robó la tierra lujuriente y febril por la calentura del deseo... Pobre Francine mía, presiento que me lle-

varás á tu lado para dormir abrazados en el tálamo de la eternidad.

El artista empezaba á desvariar por el doloroso cuadro que acababa de mostrarle la realidad inhumana y cruel...

Jaime formaba parte de una sociedad llamada «Los Bebedores de agua», que parecía fundada á imitación del famoso cenáculo de la calle de *Quatre Vents*, que se trata en la hermosa novela del gran «Gran hombre de provincia. Sólo existía una enorme diferencia entre los héroes del cenáculo y los «Bebedores de agua» quienes, como todos los imitadores, habían exagerado el sistema que se proponían llevar á la práctica. Esta diferencia se comprenderá por el solo hecho de que, en el libro de Balzac, los miembros del cenáculo llegaban siempre al fin que se proponían, y probaban que todo sistema que llega á su objeto es bueno; mientras que, después de varios años de existencia, la sociedad de los «Bebedores de agua» se disolvió por la muerte de todos sus miembros, sin que el nombre de ninguno de ellos haya quedado ligado con una sola obra que pueda dar fe de que existió aquella.

Durante sus amores con Francine, las re-

laciones de Jaime con la sociedad de los «Bebedores de agua» se hicieron menos frecuentes. Las necesidades de su vida íntima habían obligado á Jaime á faltar á ciertas condiciones, firmadas y juradas solemnemente por los «Bebedores de agua» el día de la constitución de la sociedad.

Perpetuamente montados sobre los zancos de un orgullo absurdo, aquellos jóvenes habían exigido un principio soberano en su asociación: que no debían dejar nunca las cumbres elevadas del arte; es decir, que á pesar de su mortal miseria, ninguno de ellos quería hacer concesiones á la necesidad. Así el poeta Melchor nunca se había decidido á dejar su lira para escribir un prospecto comercial ó una profesión de fe. Esto se quedaba para el poeta Rodolfo, bohemio que á todo se prestaba, y que nunca dejaba pasar una moneda de cinco francos, sin procurar cazarla por cualquier medio. El pintor Lázaro, orgulloso desarrapado, jamás hubiera querido manchar sus pinceles haciendo el retrato de un sastre con un loro en la mano, como había hecho nuestro amigo el pintor Marcelo, á cambio de aquel vestido famoso llamado

Mathusalem, que tenía piezas puestas por las sucesivas queridas de su dueño. Mientras había vivido en comunión de ideas con los «Bebedores de agua», el escultor Jaime se había sometido á las tiranías del acta de la sociedad; pero desde que conoció á Francine no quiso asociar á la pobre niña, ya delicada, al régimen que había aceptado para él solo. Ante todo Jaime era recto y leal. Fué á buscar al presidente de la sociedad, al exclusivo Lázaro, y le participó que desde aquel momento aceptaría todos los trabajos que le fueran remunerados.

—Querido amigo—contestó Lázaro:—tu declaración de amor era tu dimisión de artista. Seguiremos, si tú quieres, siendo amigos tuyos, pero ya no seremos consocios. Haz el oficio como gustes: para mí, no eres ya un escultor, eres un amasador de yeso. Verdad es que podrás beber vino, pero nosotros, que seguiremos bebiendo agua sola y comiendo pan de munición, continuaremos siendo artistas.

A pesar de lo que dijo Lázaro, Jaime siguió siendo artista. Pero, para poder mantener á Francine, se entregaba, cuando se le presentaba ocasión, á ejecutar obras pro-

ductivas. Trabajó así largo tiempo en el taller del marmolista Romagnesi. Diestro en la ejecución y muy ingenioso en la invención, Jaime pudo, sin abandonar el arte serio, adquirir una gran reputación en esas composiciones de carácter que son ahora uno de los principales elementos del comercio de lujo. Pero Jaime era perezoso como todos los verdaderos artistas, y estaba enamorado al modo de los poetas. La juventud se había despertado tarde en él, pero ardiente; y, con un presentimiento de su cercana muerte, quería agotarla toda en los brazos de Francine. Y así sucedía á menudo, que las buenas ocasiones de trabajo llamaban á su puerta, sin que Jaime quisiera contestarles, porque hubiera sido preciso molestarse cuando se encontraba demasiado á gusto soñando en los ojos de su amiga.

Después de la muerte de Francine, Jaime buscó de nuevo á sus amigos. Pero el espíritu de Lázaro dominaba en la corporación, en la que cada uno de los miembros vivía petrificado en el egoísmo del arte. Jaime no encontró lo que buscaba. No comprendían muy bien su desesperación, que querían curar con razonamientos; y viendo aquella

poca simpatía, el escultor prefirió aislarse con su dolor antes que verla expuesta á la discusión de los amigos. Rompió, pues, todas sus relaciones con los «Bebedores de agua» y se fué á vivir solo.

Cinco ó seis días después del entierro de Francine, el escultor fué á buscar á un marmolista del cementerio de Monparnasse y le propuso el trato siguiente: El le daría para la tumba de Francine una cerca que dibujaría, y le cedería un trozo de mármol blanco, en pago de lo cual se pondría por tres meses á su disposición, ya como picapedrero, ya como escultor. El mercader de tumbas tenía entonces muchos encargos extraordinarios; visitó el taller de Jaime, y al ver varios trabajos suyos se convenció de que la casualidad le protegía enviándole aquel artista.

Ocho días después la tumba de Francine aparecía rodeada de una cerca de madera, y en el centro la cruz primitiva había sido substituída por una de piedra, con el nombre grabado.

Jaime tuvo la suerte de habérselas con un hombre honrado, que comprendió que cien kilos de hierro fundido y tres pies cua-

drados de mármol no bastaban á pagar tres meses de trabajo al escultor, cuyo talento le había hecho ganar algunos miles de escudos. Ofreció al artista que le interesaría en su empresa, pero éste no se avino á ello. La poca variedad de los trabajos no dejaba maniobrar á su inteligencia inventiva. Por lo demás, tenía ya lo que deseaba: un bloc de marmol, de cuyas entrañas se proponía sacar una obra maestra destinada á la tumba de Francine.

Al empezar la primavera mejoró algo la situación de Jaime: su amigo el médico, le puso en relaciones con un gran señor extranjero que fijaba su residencia en París y trataba de edificar un suntuoso hotel en uno de los mejores barrios. Varios artistas célebres habían sido llamados á colaborar en el plano de aquel pequeño palacio. A Jaime le encargaron una chimenea de salón. Me parece ver aún los proyectos de mi amigo; eran encantadores: todo el poema del invierno estaba representado en el marmol que debía servir de marco á la llama. Como el taller de Jaime era demasiado pequeño, pidió y obtuvo, para ejecutar su obra, una habitación vacía aún en el mismo hotel. Le adelantaron

además una cantidad bastante crecida sobre el precio convenido de su trabajo. Jaime empezó por devolver á su amigo el médico el dinero que éste le había prestado cuando la muerte de Francine; luego corrió al cementerio para esconder bajo un campo de flores la tierra en que descansaba su querida. Pero la primavera se le había anticipado y sobre la tumba de la joven crecían, entre la hierba, mil florecillas del campo. El artista no tuvo valor para arrancarlas, pues supuso que encerraban aquellas flores algo de su amiga. Consultándole el jardinero qué debía hacer con las rosas y los pensamientos que había llevado, Jaime le mandó que lo plantara todo en la fosa contigua, recientemente hecha, pobre tumba sin cerca, que no tenía como distintivo más que un trozo de madera clavado en el suelo y adornado con una corona de papel negro, modesto recuerdo del dolor de un humilde. El escultor salió del cementerio en un estado muy distinto del en que se hallaba al entrar. Miraba con alegre curiosidad aquel sol primaveral, el mismo que tantas veces había dorado los cabellos de su Francine cuando corría en el campo cortando espigas con sus manecitas blancas. Un en-

jambre de bellos pensamientos revoloteaba en su corazón. Al pasar por delante de una taberna del boulevard exterior, recordó que un día que les sorprendió la lluvia, había cenado allí con Francine. Jaime entró y pidió de cenar en la misma mesa. Allí recordó una cancioncilla que cantó Francine, animada por un vinillo tinto muy barato, en el que había más alegría que mosto. Pero aquel desperezo de gratos recuerdos, despertaba su amor y adormecía su pena. Algo supersticioso, como buen poeta y soñador, Jaime pensaba que Francine, mirándole cerca de sí, le había enviado á través de su tumba aquella oleada de buenos recuerdos, y no quiso amargarlos con lágrimas.

Una hora más tarde, nuestro artista salía de la taberna con el paso alegre, erguida la frente, viva la mirada, el corazón agitado, casi sonriéndose y recitando en voz baja la canción de Francine:

«El amor vaga por mi barrio,
Dejaré la puerta entornada...»

Si bien esta era aún una canción, para Jaime era ya uno de sus adorables recuerdos; y quizá, sin apercibirse de ello, el es-

cultor dió aquella tarde el primer paso en ese camino de transición que de la tristeza conduce á la melancolía y luego al olvido. Por mucho que se quiera y por más que se haga, así lo quiere la eterna y justa ley de la movilidad.

Del mismo modo que las flores nacieron sobre la tumba de Francine, quizá nacidas de su cuerpo, savias de juventud florecían en el corazón de Jaime, en el que los recuerdos del amor pasado despertaban vagas aspiraciones hacia nuevos amores. Porque además, Jaime pertenecía á aquella raza de artistas y de poetas que hacen de la pasión un instrumento del arte y de la poesía, y cuyo espíritu no tiene actividad, á no ser que lo muevan las fuertes motoras del corazón. En Jaime la invención era verdaderamente hija del sentimiento, y ponía una pequeña parte de sí mismo en las cosas más insignificantes que hacía. Se apercibió de que los recuerdos no le bastaban, y que, semejante á las plantas que perecen cuando les falta el aire, su corazón se secaba por falta de continuas emociones. El trabajo no tenía ya encanto para él; la invención, antes febril y espontánea, no llegaba más que con mucho

trabajo y paciencia: Jaime estaba descontento y envidiaba casi la vida de sus antiguos amigos los «Bebedores de agua».

Intentó distraerse, tendió la mano á los placeres, y se buscó nuevas relaciones. Trató al poeta Rodolfo, al que había encontrado en un café, y simpatizaron mucho mutuamente. Jaime le refirió sus pesares; Rodolfo no tardó en comprender la causa á que obedecían.

—Amigo mío, ya sé lo que es esto—le dijo,—y dándole un golpecito sobre el pecho, en el sitio del corazón, añadió: Pronto, de prisa, es preciso encender fuego otra vez aquí dentro: busque usted, sin tardar, una nueva pasión, y las ideas volverán á su cerebro.

—¡Ah!—dijo Jaime—amé demasiado á Francine.

—Eso no le impedirá seguir amándola. La besará usted en los labios de otra.

—¡Oh!—dijo Jaime—¡Si pudiese, al menos, encontrar á una mujer que se pareciera á Francine!

Y se separó muy pensativo de Rodolfo.

Seis semanas más tarde, Jaime había encontrado de nuevo toda su fantasía, encen-

dida por las suaves miradas de una bonita chica que se llamaba María, y cuya belleza algo enfermiza recordaba un poco la de su pobre muerta. Efectivamente, nada más alegre que aquella linda María, que contaba diez y ocho años menos seis semanas, según decía siempre. Sus amores con Jaime nacieron á la luz de la luna, en el jardín de un baile campestre, acompañados por el sonido de un áspero violín, de un contrabajo tísico y de un clarinete que silbaba como un mirlo. Jaime la había encontrado una noche paseando gravemente alrededor del hemicíclo reservado para bailar. Al verle pasar, rígido en su eterno vestido negro abrochado hasta el cuello, las bulliciosas abonadas de aquel sitio, que le conocían de vista, se decían entre ellas:

—¿Qué viene á hacer por aquí este enterrador? ¿Hay que enterrar á algún muerto?

Y Jaime andaba siempre aislado, haciéndose sangre en el corazón con las espinas de un recuerdo animado aún más por la orquesta que ejecutaba un rigodón que vibraba en los oídos del artista con la tristeza de un *de profundis*. Estando sumido en sus meditaciones vió á María que le observaba

desde un rincón y reía como una loca mirando su aire sombrío. Jaime levantó los ojos y vió de cerca aquella gentil muchachita con sombrero color rosa. Se acercó á la joven y le dirigió algunas frases balbucientes. Le ofreció el brazo para dar una vuelta al jardín, y ella lo aceptó gustosa. Enredados en sabroso paliqueo robó para ella manzanas verdes de los frondosos árboles; ella se las comió entre frescas risotadas que parecían el acompañamiento de su eterna alegría. Jaime pensó en la Biblia, y se le ocurrió que no se debe desesperar nunca de ninguna mujer, y menos aun de aquellas que les gustan las manzanas. Aquella noche volvió á su casa acompañado de la muchachita del sombrero color rosa...

Sin embargo de sus nuevos amores, Jaime no había olvidado á Francine: según le había dicho Rodolfo, la besaba siempre en los labios de María, y trabajaba secretamente en la figura que quería colocar sobre la tumba de la muerta.

Un día que tuvo dinero compró un vestido negro á María. La joven celebró mucho el regalo, solo que le parecía muy triste el negro para verano. Pero Jaime le dijo que

le gustaba el negro, y que le complacería mucho verla siempre con aquel vestido: María obedeció.

Un sábado, Jaime dijo á María:

— Ven temprano mañana; iremos al campo.

— ¡Qué felicidad! — exclamó María. — Te tengo preparada una sorpresa... ¡ya verás!... mañana hará sol.

María estuvo toda la noche acabando un vestido nuevo que se había comprado con sus ahorros, un lindo vestido color rosa. Y al día siguiente llegó con su gracioso traje al taller de Jaime.

El artista la recibió friamente.

— Yo pensaba darte gusto comprándome este vestido claro — dijo María, que no acertaba á explicarse la acogida de Jaime.

— No iremos al campo, — contestó él; — puedes marcharte; tengo que trabajar.

María volvió á su casa acogojada y llorosa. En el camino encontró á un joven que conocía la historia de Jaime, y que la había cortejado otras veces.

— ¿Cómo, señorita María, no está usted ya de luto? — le preguntó.

— ¿De luto? — dijo María. — ¿Por quién?

—¡Oh! ¿no lo sabe usted? Todo el mundo conoce la historia de aquel vestido negro que le regaló Jaime...

—Sí, un vestido, ¿y qué?...—añadió perpleja María.

—Pues que era el luto: Jaime le hacía á usted llevar luto por Francine...

Desde aquel día los dos amantes no volvieron á verse.

Esta separación le trajo la desgracia: tornaron los malos días, se acabó el trabajo, y cayó en tan espantosa miseria que, no sabiendo qué hacer, suplicó á su amigo el médico que la enviase á un hospital. El médico vió, á la primera mirada, que no costaría mucho trabajo obtener esta admisión: Jaime, que no conocía su enfermedad, caminaba por los mismos pasos que Francine.

Pocos días después entró en el hospital de Saint Louis.

Como podía aún trabajar y moverse, suplicó al director del hospital que le cediera un cuartito que había vacante... Le concedieron la habitación, y allí estableció su pequeño taller de escultura:

Durante los quince primeros días trabajó

en la figura que destinaba á la tumba de Francine. Era un ángel con las alas tendidas. Esta figura, que sería el retrato de Francine, no la pudo acabar, pues á poco cayó en el lecho herido de muerte y convencido de que tal vez no levantaría su cuerpo de aquel camastro mortuario.

Un día llegó á sus manos la libreta del externo, y Jaime, al ver las medicinas que le daban, comprendió que estaba perdido; escribió á su familia é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de caritativos cuidados.

—Hermana—la dijo Jaime,—tengo arriba, en la habitación que me sirve de taller, una figurita de yeso; esa figurita, que representa un ángel, la destinaba á una tumba; pero no me queda tiempo para ejecutarla en mármol. También en mi casa tengo un hermoso bloc de mármol blanco con venas rosadas... De ambas cosas puede usted disponer para que las coloquen en la capilla de este Hospital.

Pocos días después murió Jaime. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del *Salón*, los «Bebedores de agua» no acompañaron al cadáver del que había

sido su amigo. «El arte ante todo», había dicho Lázaro.

Y como la familia de Jaime no era rica, al artista le enterraron en el montón de los despojos anónimos..

FIN